

I

LA LIMOSNA

Pido, ante todo, permiso para afirmar que ya estoy cuerdo. ¡Ay! Precisamente, por esto, me he quedado pobre. Y además calvo. Conste, sin embargo, que cuando yo era yo, es decir, el respetable don Fausto Bandini, rico, poblada mi cabeza de cabellos espléndidos, estaba loco. Así quedó resuelto y decidido. Estaba algo más delgado, desde luego; pero con estos mismos ojos que, desde entonces, se me quedaron así, como desparvoridos, en un semblante pálido impreso en matices reveladores de ciertas habituales inclinaciones compasivas... ¡Pero, sí: rematadamente loco!

Por distracción, de vez en cuando, sufro recaídas: son como relámpagos; pero mi buena

Marta (mujer previsora) con ciertos conjuros suyos, que son como gélido líquido extintor, los apaga en el acto.

Por ejemplo, hace algunas noches...

Vamos: la cosa no tiene importancia. ¿Qué puede acaecerle jamás a un pobre cuerdo y cuerdo pobre, reducido a vivir más ordenadamente que una hormiga?

Cuanto más ténue es el tejido, más sutil es el bordado: esto he leído alguna vez, no sé donde. Pero ante todo es necesario saber bordar.

Pues bien: regresaba hace algunas noches a mi casa... Creo que no hay tormento mayor que la insistencia pedigüña del mendigo: sobre todo sí, no teniendo con qué aplacar sus voces lastimeras, él nos adivina piadosos. Una chiquilla, con voz llorosa me acosaba ya un cuarto de hora, repitiendo la misma cantinela. Yo, sordo, no la miraba. De pronto me deja y se pega como un tábano a unos recién casados.

—¿Le darán algo?—me pregunto.

¡Desventurada criatura! Ignoras que cuando por primera vez van del brazo los recién casados créense perseguidos por todas las miradas y sienten el apuro de las cosas nuevas de su vida íntima, que suponen descubiertas o adivinadas en los ojos de los demás, y no aciertan a detenerse, sino que apresuran el paso, aun ante quien les pide limosna.

En efecto: momentos después oigo la misma voz:

—¡Señorito, señorito!..

Y de nuevo el monótono plañir. Ya no puedo más y grito desesperado:

—¡Déjame, déjame!..

Fué peor. Mi grito suscitó en ella otras frases reservadas en previsión del caso. Respiro fuerte, una primera vez; y luego otra: hasta que al fin, no puedo contenerme más y enarbolé el bastón, así, de este modo. Ella se echa a un lado levantando instintivamente un brazo para esconder la cabeza, y por debajo del codo gime:

—¡Aunque no sean más que unos centimitos!..

¡Dios mío! ¡Qué ojos se abrieron en aquel rostro flaco, cetrino, bajo los rojizos cabellos enmarañados! Todos los vicios de la calle parecían vermicular en la mirada que la precocidad tornaba espantable. (No apelo a formas exclamativas porque ahora, que estoy cuerdo, nada debe producirme maravilla).

Ya antes de ver aquellos ojos, estaba arrepentido de mi acto amenazador.

—¿Cuántos años tienes?

La muchacha me mira de soslayo, sin bajar el brazo y no responde.

—¿Por qué no trabajas?

—¡Ojalá pudiera!

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

—No trabajas por que no quieres—le digo yo, reanudando mi marcha.—Te gusta este oficio.

Como si no le hubiese dicho nada, me siguió insistiendo en su aflictiva tonadilla, que tenía hambre, que le diese algo por el amor de Dios. Hubiera querido quitarme la americana y decirle:

—¡Toma!

¡Quién sabe! En otros tiempos, quizás lo hubiese hecho: bien es verdad que, en otros tiempos, no me hubiesen faltado en el bolsillo unas monedas... Se me ocurrió, de pronto, un recurso, si bien este me fuerza a disculparme ante la gente cuerda. Trabajar, es, sin duda, un buen consejo y una dádiva muy fácil... Me acordé en aquel instante de que Marta buscaba una criadita.

Y entiéndase bien: califico de locura esta inopinada ocurrencia, no tanto por el júbilo bullicioso que suscitó en mí y que reconocí en el acto, clarísimamente, por haberlo experimentado otras veces, de un modo idéntico cuando estuve loco (especie de embriaguez alucinadora que dura un instante, un relámpago, en el cual el mundo entero parece volcarse y palpitar en nosotros) cuanto por las reflexiones de pobre cuerdo con las que busqué infundir una lógica a aquella mi embriaguez, tratando de persuadirme de que no me guiaba otro interés que el de mi mujer. Y pensé: «Bastará con darle a esta muchacha de comer, dormir y alguna ropa usada, para que nos sirva

sin que pida nada más. Será hasta un ahorro para Marta». No está mal.

—Oye—dije a la chiquilla—no te doy dinero, pero ¿quieres trabajar de veras?

Me miró un instante con sus ojos claros, hueraños, bajo las cejas odiosamente fruncidas; después afirmó algunas veces con la cabeza.

—¿Sí? Pues entonces, ven conmigo: te daré trabajo en mi casa.

La muchacha se detuvo de nuevo, indecisa.

—¿Y mi madre?

—Ya se lo dirás luego; ahora, ven.

Parecíame caminar por otra calle... Esta confesión me causa rubor... Pero, precisamente, parecía como que las casas y los árboles fuesen presa de mi misma agitación. ¿Qué podría pensar mi mujer, si me viese?... Y la agitación creció por instantes y apresuraba mis pasos hacia mi casa.

No pude presentar a Marta mi proposición de modo más burdo: hasta balbuceaba. Y sin duda alguna, esta misma torpeza debió contribuir no solo a que rechazase mi plan, sino también a que se encolerizase mi pobrecita Marta. Pero, ¿qué culpa tengo yo si desde que me he vuelto cuerdo, con el continuo temor de que se me escape algún dislate no soy capaz de juntar dos palabras? En fin, mi mujer aprovechó la ocasión para repetirme su terrible: «Pero hombre, ¿otra vez?» Lo que para mí es peor que una ducha por

sorpresa; y después despidió a la muchacha sin darle siquiera alguna cosilla; porque—dijo— aquel día había dado ya su limosna. (Y realmente, Marta dá su limosna diaria; pero sólo cinco céntimos al primer pobre que encuentra; y cuando ha dado esa moneda y ha dicho: «Encomiéndeme a las benditas ánimas del Purgatorio», se ha puesto en paz con su conciencia, y todo lo demás no le importa un comino).

Entretanto, yo pienso y digo: «Aquella muchacha, si no se ha perdido ya, sin duda, se perderá muy pronto». Sí; pero ¿qué me importa todo esto? Yo, ahora, estoy cuerdo; ya no debo pensar en estas cosas. ¡Sólo debo pensar en mí! ¡Esta es mi nueva enseña! Ha sido necesario un gran esfuerzo para que yo imprima ese título a todos los actos de mi nueva *vida*, llamémosla así. ¡Sea lo que Dios quiera! Con no hacer nada... Por ejemplo: si ahora me detengo ante una ventana donde yo sé que hay gente que llora, debo ver allí en el acto mi extraviada y demacrada imagen, la cual, asomándose, tiene el deber ineludible de gritarme, moviendo la cabeza y llevándose el índice de una mano al pecho: «¿Y yo?»—¡Eso es!

Luego, en todo momento, debo decir lo mismo: «¿Y yo?»—Esta es la base de la verdadera cordura.

En cambio, cuando estaba loco...

I I

FUNDAMENTO DE LA MORAL

Cuando estaba loco, apenas me sentía en mí mismo, lo que equivale a decir que no habitaba en mí. En efecto, me había convertido en una hospedería abierta a todo el mundo. Y si con las manos me golpeaba la frente, advertía que siempre tenía gente alojada, pobrecillos que necesitaban mi ayuda, del mismo modo que tantos otros inquilinos como llevaba albergados en el corazón. No puedo afirmar que mis brazos y mis piernas estuviesen a mi servicio tanto como al de aquellos infelices que en mí residían y me enviaban de acá para allá en sus continuas necesidades.

Y no podía, en mi conciencia, decir «yo», sin que inmediatamente un eco no me repitiese: «Yo, yo, yo»... de tantos otros como llevaba dentro en animada algarabía. Hasta el extremo, por ejemplo, de que si tenía hambre y me lo decía a mí mismo, todos repetían en mí, a su vez: «*Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre*»... Y me era necesario atenderlos, aún con la amargura de no poder acudir a todos.

Me concebía, en suma, casi en sociedad de socorros mútuos con el universo; pero, como yo en-